

Y este otro:

*¿Por qué nos huyes, Dios, por qué nos huyes?*<sup>74</sup>

Reunidos todos, y conservando la imagen de un Dios que cruje en el hueso, que duele, cualquiera puede pensar que estamos exactamente en la trayectoria de un poeta a la busca de Dios, pero con ese tan peculiar matiz de búsqueda de divinidad que posee la poesía española:

*La ebriedad de mi sangre busca un lago  
final: embriagarme en Dios un día.*<sup>75</sup>

Aparentemente no queda duda: Dámaso es un poeta a la caza de su Dios, un poeta desgarrado por el problema existencial que le plantea al hombre la incertidumbre de su trascendencia; un poeta meridianamente clavado a la angustia.

Pero no siempre lo aparente es lo esencialmente verdadero, y este es el caso de Dámaso: lo aparentemente cierto deviene en mero disfraz —en muchas ocasiones buen disfraz o eficaz despiste— de su auténtico sentir. Veamos:

*No me sirven mis manos ni mis pies,  
que afincaban la tierra, que arredraban el aire,  
no me sirven mis ojos, que aprisionaron la hermosura,  
no me sirven mis pensamientos, que coronaron mundos  
a la caza de Dios.*<sup>76</sup>

Dice Dámaso, sintiendo hondamente la insuficiencia de su humanidad. Ya no se habla de un Dios huidizo, misterioso, anhelado, sino de un Dios necesario que viene a ser culminación de una larga y penosa y dolorosa carcería existencial de años y años. Nada le sirve a Dámaso: ni su humanidad ni su intelecto cazador... ni siquiera aquella hermosura aprisionada por la Avenida del Retiro, y luego aquella otra motivadora del soneto-oración, que es mucho decir porque gran cosa significan ambas, como se vio antes. No es éste el lamento de una ausencia sino la penosa presencia de Alguien que puede hacer claras las cosas; Alguien a quien Dámaso pide:

<sup>74</sup> ALONSO, DÁMASO, *Oscuro noticia y Hombre y Dios*, p. 31.

<sup>75</sup> ALONSO, DÁMASO, *Oscuro noticia y Hombre y Dios*, p. 137.

<sup>76</sup> ALONSO, DÁMASO, *Hijos de la ira*, p. 102.

*no me atormentes más,  
dime qué significan  
estos monstruos que me rodean  
y este espanto íntimo que hacia ti gime en la  
noche.*<sup>77</sup>

Y Quien, quizá por el largo silencio de años, llega a ser motivo de una trágica expresión que en otra circunstancia sería frase final de un angustioso diario íntimo:

*también Dios odia.*<sup>78</sup>

Pero no es así; no al menos con Dámaso Alonso.

Dámaso trajo perdido a Dios por mucho tiempo. Es natural: todos los humanos pierden a Dios alguna vez en su vida, y si tienen la ocasión llegan a decirlo. Pero aunque esa pérdida temporal se atisbe y sea declarada por Dámaso cuando éste se sienta y de un tirón se arranca de dentro los poemas, ya el lector confronta a un poeta que ha recobrado a su Dios, a un poeta superador de la crisis religiosa y que ahora exclama lleno de candoroso cariño:

*... ¡Ay, Dios,  
cómo me has arrastrado,  
cómo me has desarraigado,  
cómo me llevas  
en tu invencible frenesí,  
cómo me arrebataste  
hacia tu amor!*<sup>79</sup>

Son estos unos versos donde se juega hábilmente con los verbos; donde queda indicado el antes y el después. El antes: *cómo me has arrastrado, cómo me has desarraigado*; y el después: *cómo me llevas*. Y ambos instantes de la temporalidad unidos finalmente en un tiempo verbal que, aunque en pasado, posee la pesantez gratificante del presente: *cómo me arrebataste hacia tu amor*.

Dámaso, pues, narra en su diario íntimo, en su poemario de años acumulados, aquella angustia sentida y que

*... ahora,  
a los 45 años,*

<sup>77</sup> *Ibidem*, p. 82.

<sup>78</sup> *Ibid.*, p. 53.

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 114.

cuando este cuerpo ya me empieza a pesar  
como un saco de hierba seca,  
he aquí que de pronto  
me he levantado del montón de putrefacciones,  
porque la mano de mi Dios me tocó,  
porque me ha dicho que cantara:  
por eso canto.<sup>80</sup>

¿Circunstancia fortuita? ¿Evento aleatorio acaso este momento en que la mano divina hace que el poeta se incorpore y cante? La gracia tiene misteriosos caminos: a unos les viene de golpe, y a otros —Dámaso entre ellos— luego de golpe tras golpe, tropiezo tras tropiezo, baluceo tras baluceo. Puede despistar el que Dámaso diga que

...al cabo de los años llegó por fin la tarde,  
sin que supiera cómo,  
en que cual una llama  
de un rojo oscuro y ocre,  
me vino la noticia,  
la lóbrega noticia  
de tu belleza y de tu amor.<sup>81</sup>

Porque parecería que Dios revino a Dámaso en una fresca tarde en que nada tenía sentido porque todo carecía de fundamental sustento existencial. Se tendría la impresión de la gracia abatiéndose sobre el poeta perdido del que habla el último poema de *Hombre y Dios*, gratuitamente como es característica de la gracia divina. Sin embargo no parece que así fuera, sino que la lóbrega noticia, la intuición de Dios

(Sí, mi intuición de Dios  
es muy pequeña).<sup>82</sup>

despertó —al igual que el primer goce estético cuando niño al leer a Dante avivó la primera intuición poética— con el contacto con la realidad:

Dios a mí (como a niño que a horcajadas  
alza un padre, lo aúpa sólo al pecho  
antes, porque el gran ímpetu no tema)

<sup>80</sup> *Ibid.*, pp. 27-28.

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 164.

<sup>82</sup> ALONSO, DÁMASO, *Oscura noticia y Hombre y Dios*, p. 126.

me veló la estructura de estas nadas,  
para —a través de lo real, deshecho—  
aúparme a su verdad, a su poema.<sup>83</sup>

¿Y para qué desear el poeta a su Dios, para qué pedirlo? Entre mil y una cosas para averiguar la verdad viéndola por medio de la Verdad, para comprender la borrosa realidad circundante y tener

...ojos que penetren tras lo gris  
la verdad de las almas,  
la hermosa desnudez de tu imagen:  
el hombre.<sup>84</sup>

Conocer al hombre. Al hombre precisado por Dios para completar su plenitud

(Para su plenitud Dios necesita al hombre  
En su divina mente le concibió por eso,  
para eso).<sup>85</sup>

porque el poeta se pregunta:

¿Qué es la luz sin un ojo que la mire?<sup>86</sup>

Y en la misma medida como el hombre —Dámaso— busca lo cierto a través de la Certeza conseguida, igualmente sucede que Dios

...para ver, humanamente,  
su Creación,  
necesita mirarla  
a través de mis ojos,  
a través de los ojos  
del Hombre.<sup>87</sup>

He aquí, entonces, no el alarido soberbio del hombre por saberse complemento de Dios en la Creación, sino al hombre entendedor del mundo a través

<sup>83</sup> *Ibidem*, p. 111.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 119.

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. 127.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 134.

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 135.

de su Creador y a Éste en el regocijo de tener a la vista a su criatura admirable y admirante, al único ser capaz, sobre la tierra, de salmodiar penitencialmente:

*Y ahora, Señor, oh dulce Padre,  
cuando yo estaba más caído y más triste,  
entre amarillo y verde, como un limón no bien maduro,  
cuando estaba más lleno de náuseas y de ira,  
me has visitado,  
y con tu uña,  
como impasible médico  
me has partido la bolsa de la bilis,  
y he llorado, en furor, mi podredumbre  
y la estéril injusticia del mundo,  
y he manado en la noche largamente  
como un chortal viscoso de miseria.  
Ay, hijo de la ira  
era mi canto.  
Pero ya estoy mejor.  
Tenía que cantar para sanarme.<sup>88</sup>*

No; Dámaso no es el poeta con su Dios perdido sino el poeta con el Dios enquistado en el rincón más secreto de la entraña, animándolo desde ahí, impulsándolo a cantar el hallazgo y la pérdida: hallazgo de Él y pérdida de él, de él, de el Dámaso que en algún momento de la vida, ante el río que todos llaman Carlos y Dámaso llama Dámaso —en su poema (“lapsus linguae”) *A un río le llamaban Carlos*— se pregunta:

*qué eran, qué significaban “fluir”, “fluido”,  
“fluente”.*<sup>89</sup>

Pregunta que es como si Dámaso poeta volviera a interrogarse como crítico cuál es el significado y cuál el significante existencial. O poniéndolo en otra forma: ¿será un río fluyente el que explique la razón por la cual una fluyente vida de poeta acabó por devenir en existencia de crítico?

Posiblemente por esto el poema pensado al contemplar el río de Massachusetts es tan conmovedor y se siente como culminación del poemario. Quizás por esto Dámaso deliberadamente confunde los nombres y se compadece de sí mismo, digo, del río.

<sup>88</sup> ALONSO, DÁMASO, *Hijos de la ira*, p. 165.

<sup>89</sup> ALONSO, DÁMASO, *Oscura noticia y Hombre y Dios*, p. 150.

Y posiblemente por eso todos los poemas de Dámaso conllevan la angustia de quien ignora no dónde está su Dios sino dónde quedó colgada cierta parte del alma, en este caso el alma de un poeta llamado Dámaso Alonso, ese poeta que hacia la mitad de su vida exclama:

*La copla quedó partida.  
No la pude concluir.  
Y era la copla de mi vida.*

...

...

*Bien templado el instrumento  
y a medio giro el cantar,  
llevóse la copla el viento.<sup>90</sup>*

Copla que puesta en otros términos señala que Dámaso, con el instrumento poético bien templado para cantar en ese instante de su vida en el cual el vivir está en medio giro, siente que su copla-vida (o su vida de poeta) voló hundida en el viento...

<sup>90</sup> *Ibidem*, p. 33.



